



## PRÓLOGO

### *Preface*

Alfonso Pérez-Agote\*

\* Catedrático Emérito de Sociología, Universidad Complutense de Madrid  
aperezag@cps.ucm.es

Pérez-Agote, A., 2015, "Prólogo", en *Papeles del CEIC*, vol. 2015/3, CEIC (Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva), Universidad del País Vasco, <http://dx.doi.org/10.1387/pceic.15317>

No me ha resultado fácil escribir este prólogo. Se me agolpaban en la cabeza tal cantidad de momentos, de caras, de situaciones, de ideas que no sabía ni cómo empezar. Ese lío mental me ha hecho sospechar algo: la obra que estoy prologando toca mis afectos profundos, remueve mis adentros.

Claro que ha habido contratiempos, pero la verdad es que mi vida académica ha sido y sigue siendo muy agradable. Una prueba está en este número de *Papeles del CEIC*. Debe saber el lector que todas las autoras y todos los autores de los artículos que encierra guardan conmigo una relación, además de la académica, de buena amistad: hemos pasado muy buenos ratos juntos. Pero en mis primeros tiempos no fue sencillo adivinar que ese paraíso existía y que era posible alcanzarlo.

Un querido amigo de la infancia dice a veces que fue un milagro que de aquel mundo de miseria intelectual en el que vivimos hayamos salido personas interesadas en saber cómo funcionan las cosas y por qué los individuos hacen lo que hacen. Dedicarte a pensar, a reflexionar sobre lo que ocurre no era una tarea fácil en la dictadura férrea que impuso una posguerra de miseria intelectual. Tuvimos que invertir o, mejor, subvertir los terribles instrumentos de control ideológico e intelectual que sufríamos. Recuerdo cómo en los años primeros de mi juventud usaba en mi casa un libro en el que se valoraban moralmente las obras literarias: *Lecturas buenas y malas*, se llamaba; y, claro está, estaba escrito por un cura, experto en la única moral permitida. Usaba el libro para saber lo que era considerado como reprobable, para conocer, por ejemplo, qué obras estaban incluidas en el *Índice de Libros Prohibidos*. Así me enteré de que un bilbaíno ilustre, Miguel de Unamuno, tenía dos obras incluidas en tal *Índice*.



Por ellas comencé cuando durante unas navidades leí prácticamente toda la obra de este autor. Sería muy largo contar las peripecias para conseguir esas obras prohibidas; la brutal reprimenda que a grito limpio me propinó el dueño de una céntrica librería de Bilbao por el simple hecho de preguntar si las tenían. En ese ambiente, fue un milagro que, unos años más tarde, se me ocurriera dedicar mi vida al conocimiento, a la investigación. Esta no era una de las *salidas de la carrera*; fue milagro, sí, cómo algunos pudimos simplemente imaginar que había otras formas de vivir, fuera de esas salidas prefijadas que nunca pude desear seguir.

Siempre he sido lento, en todos los aspectos de mi vida. En mis primeros amigos he ido viendo cómo ellos llegaban antes que yo a las cosas, a los cambios. Yo llegaba más tarde, y salía de cada fase muchísimo más tarde que ellos todavía. Al final ellos han tenido, pienso yo, como cuatro o cinco fases desde que empezamos los estudios superiores, por poner una fecha. Yo sólo he tenido tres. Cada cambio fue una hecatombe para mí; pero aunque duros, dada mi lentitud vital, fueron pocos estos períodos.

Tardé mucho en dejar de ser todo aquello que me habían enseñado a ser. Tardé mucho en saber lo que es saber. Pero cuando lo supe, supe también que quería dedicarme a ello, a saber. Desde muy joven empecé a transitar por la literatura, y pasé después a la filosofía; luego, en mi desesperación porque la filosofía me daba una visión de las cosas que se me deshacía entre las manos, llegué a apuntarme a cursos de teología; pero aquello ni siquiera llegaba a poner algo entre mis manos. Y todo ello mezclado con un mundo religioso que me ahogaba. Estudié, qué remedio me quedaba, Derecho, que en mi caso jamás relacioné con el arte de regular formalmente las formas concretas de vida y de relación; y también estudié, al mismo tiempo, algo que llamábamos Económicas, una serie de técnicas rastaramente contables que tampoco me decían nada sobre algo que aprendí más tarde. Weber me lo enseñó: que para que algo pueda durar en un plazo largo, tiene que tener la posibilidad de ser económicamente sostenible. Esto lo aprendí después de que Marx me hubiera dicho, ya en su madurez, que lo material, lo económico determina absolutamente las formas de vivir, todo en la vida. En economía me quedé así, más con Weber que con Marx. Pero aun así, algo me faltaba para saber cómo funcionaban las cosas en el mundo en que vivía.

Fue la Sociología en que fui entrando; me comenzó a enseñar a ver las cosas como ahora las veo y como he intentado enseñar a verlas y analizarlas; al leer estos diversos papeles del CEIC me he ido cerciorando



que algún éxito he tenido en transmitir mi ruidos mentales. Guardo del Centro en cuestión, el CEIC, un gratisimo recuerdo de convivencia amistosa, de discusión profunda sobre los resultados de las diversas investigaciones que se estaban llevando a cabo. Todas y todos enseñamos y aprendimos en un ambiente intelectualmente exigente, pero, a la vez, amable y divertido. Añoro ese ambiente, porque no es fácil encontrarlo en las latitudes académicas.

Marx se había equivocado, creo yo, al afirmar la absoluta sobredeterminación económica de la vida social, porque al hacerlo desdeñaba la importancia de las ilusiones de una época a la hora de explicar lo que ocurría en ella. Los deseos, las creencias, las ilusiones, los odios y las simpatías son tan importantes, tan determinantes, como las fábricas, la tecnología, el capital o las carreteras. Bueno, no sé si lo son tanto; pero si que sé que como no apliquemos nuestra atención a conocer esos aspectos menos materiales, no llegaremos a hacernos una idea de lo que pasa. Y es que la realidad social es perversa, muy distinta de la realidad física. Cuando los científicos de las ciencias duras ridiculizan la incapacidad de nuestra ciencia, les digo una cosa: no sabéis lo que es trabajar sobre una realidad tan difícil como la nuestra; nosotros no podemos tener laboratorios.

La zona que más me ha interesado de la realidad social es el la zona de las realidades colectivas: un grupo, una identidad cultural, una nación... Cuando entramos en este territorio, el más diferente del mundo simplemente físico, nos encontramos en el país de las maravillas. Recordemos la profecía de Merton, la que se autocumple por el mero hecho de ser enunciada; pero habría que añadir que se cumple al ser enunciada porque es plausible; y al ser plausible se produce un proceso de progresiva aceptación de la profecía. La profecía requiere tres condiciones: ser enunciada y difundida, ser plausible (o creíble, si se prefiere) y un proceso social de aceptación progresiva. Si cumple esas tres condiciones, tanto da que la profecía sea verdadera o falsa. Una falsa puede convertirse en verdadera si los cumple; una verdadera puede convertirse en falsa si no los cumple. Y todavía más, como en algún trabajo he planteado, una profecía falsa —o mejor, abandonando el lenguaje poético de Merton— una definición falsa de una realidad colectiva puede seguir siendo falsa porque no es plausible y, al mismo tiempo, puede seguir siendo verdadera (en el sentido sociológico de ser colectivamente creída) para un determinado grupo de individuos que la sigue manteniendo como



verdadera; para que esto último ocurra es necesario que el grupo en cuestión vaya rompiendo la comunicación con la parte general de la sociedad, la que considera falsa la definición; y también es necesario que este grupo progresivamente cortocircuitado tenga mecanismos sociales eficaces para mantener la definición como verdadera. El lenguaje está sometido a estas reglas, porque no es una expresión directa, natural, única de las cosas; recordemos: *ceci n'est pas une pipe*.

Además hay toda una serie de palabras, de ideas, de representaciones de las que no tenemos medio de saber si son objetivamente reales, existentes: si Dios existe, si España es una nación, o si Euskadi o Cataluña lo son. Tendríamos que conocer si existe alguna característica objetiva que dé lugar necesariamente a una nación. No hay ninguna característica de una población que de lugar necesariamente a una nación. No conocemos esa relación biunívoca. Lo que hay en eso que llamamos la realidad social son definiciones, más o menos plausibles, mantenidas por diferentes grupos que luchan por imponerlas como verdaderas. ¿Quiere decir esto que no hay naciones? No, simplemente quiere decir que nación no es un concepto científico objetivo. Quiere decir que el objetivo de nuestra ciencia, no es decir si una realidad es nacional o no lo es; sino que, más bien, debemos tratar de analizar los procesos y los mecanismos que funcionan a la hora de definir una realidad con ese término y a la hora de difundir esa creencia; y analizar también los efectos que produce esa creencia en el comportamiento de los creyentes. La fórmula que inventé para definir claramente nuestra tarea: el doble momento, fenomenológico y genético, de la investigación sociológica. ¿Quiere decir esto que la idea de Nación es irrelevante? No y mil veces no. Lo que quiere decir es que es irrelevante que sea verdad. Lo importante de esa idea es que sea plausible, que exista la posibilidad de que la idea vaya alcanzando adeptos; ello significa que la idea puede ser arbitraria, pero no totalmente, pues debe contener referencias a elementos sensibles que hagan posible la adopción de la idea. Pero aquí, directamente, tenemos planteada la cuestión del poder, en términos de convencer y, también, en términos de obligar.

Estos territorios, simbólicos y de poder, han sido en los que me he desenvuelto; y, por lo que veo en estos papeles, han sido también vuestros, queridas amigas, queridos amigos, colegas.

Mil gracias, de corazón.